

JEAN-YVES LACOSTE

**LA FENOMENICIDAD  
DE DIOS**

NUEVE ESTUDIOS

Traducción de  
JESÚS MARÍA AYUSO DÍEZ

EDICIONES SÍGUEME  
SALAMANCA  
2019

En recuerdo  
de Marie-Béatrice Mesnet

Tradujo Jesús María Ayuso Díez  
del original *La phénoménalité de Dieu. Neuf études*, 2008

© Les Éditions du Cerf, Paris 2008

© Ediciones Sígueme S.A.U., 2019

C/ García Tejado, 23-27 - E-37007 Salamanca / España

Tlf.: (+34) 923 218 203 - ediciones@sigueme.es

www.sigueme.es

ISBN: 978-84-301-2014-7

Depósito legal: S. 4-2019

Impreso en España / Unión Europea

Imprenta Kadmos, Salamanca

# CONTENIDO

<i>Preámbulo</i> .....	9
ESTUDIO 1: La frontera ausente. Filosofía y/o teología en <i>las Migajas filosóficas</i> .....	13
ESTUDIO 2: Percepción, trascendencia, conocimiento de Dios .....	35
ESTUDIO 3: El aparecer y lo irreductible .....	63
ESTUDIO 4: Dios cognoscible como amable. Más allá de «fe y razón» .....	103
ESTUDIO 5: Existencia y amor de Dios. Sobre una nota de <i>Ser y Tiempo</i> .....	133
ESTUDIO 6: La fenomenicidad de la anticipación .....	161
ESTUDIO 7: De la donación como promesa .....	193
ESTUDIO 8: De sí a sí. Presente vivo en y porvenir infinito	217
ESTUDIO 9: <i>Resurrectio carnis</i> . Del saber teológico al co- nocimiento litúrgico .....	251
<i>Procedencia de los textos</i> .....	281
<i>Índice de nombres</i> .....	283

## PREÁMBULO

Quizá haya llegado la hora ya de reconocer que, en el debate que enfrenta a la filosofía y a la teología, la fenomenología es neutral. El fenómeno es lo que nos aparece, ya sea en el elemento de la percepción, en el de la memoria, en el de la anticipación o en el de la imaginación. Y somos espléndidamente incapaces de decidir *a priori* sobre lo que «puede» aparecernos, así como sobre la signatura que lo convertiría en un fenómeno de exclusiva competencia filosófica o en un fenómeno de exclusiva competencia teológica. Evidentemente hay objetos puramente filosóficos: el estatus ontológico de los números no le interesa a nadie salvo al filósofo. También hay objetos puramente teológicos: solo teológicamente, y de manera únicamente teológica, cabe ocuparse del ministerio del sacramento de los enfermos en la Edad Media. Con todo y con eso, estos objetos son más raros de lo que creemos. Pero a tal señor, tal honor: ¿es competencia de la teología hablar de Dios, o también le compete a la filosofía (sea dicho esto evitando el horrendo trance de hablar, en casos como este, de «teología filosófica»)? Asimismo, la experiencia de quien se coloca bajo la protección de Dios ¿es un fenómeno filosófico o un fenómeno teológico? Y si nos ocupamos de nuestro arsenal de conceptos y de lo más importante de cuanto hay en él, ¿estamos utilizando términos filosóficos o términos teológicos cuando hablamos de «presencia», «anticipación», «promesa»? Fenomenológicamente, de ello no sabemos nada y probablemente no tengamos nada que saber. Por poco que dispongamos de un concepto lo bastante fino del aparecer, Dios o un número nos aparecen unívocamente:

nuestro problema, en tal caso, no es otro que el de describir y distinguir modos de aparición. Dios aparece proponiéndose como amable. También aparece entre los fenómenos que rehúsan someterse a la reducción eidética husserliana.

No es pretensión de los estudios aquí reunidos haberse situado, de una vez para siempre, en la fase previa a la división entre lo filosófico y lo teológico. Aun así, lo intentan. Somos hijos de una historia, de la cual heredamos una creencia: un límite separaría uno y otro discurso, o uno y otro uso de la racionalidad. Lo propio del límite es separar sin matices, y pensar en términos de límites es también cercar: pasar al otro lado del límite es cambiar de dominio. Ahora bien, ¿es preciso pensar en términos de límites? Si nos ceñimos al problema de lo filosófico y lo teológico, todo tiende a probar que, si lo hacemos, acabamos en un callejón sin salida. ¿Pertenece Dios a la teología? Ciertamente, no. Más aún: el Dios del que hablan los filósofos ¿es «otro» –cualquiera que sea esta alteridad– que aquel del que hablan los teólogos? Después de Hegel y Schelling (y de Kierkegaard, al que dedicamos uno de nuestros textos) nadie podría pretender tal cosa sin caer en el absurdo. Y, en adelante, muerto como está el idealismo alemán, si debiéramos preguntarnos sobre el legado más notable que le debemos, probablemente tendríamos que decir que, después de él, sabemos que no hay límite, sino una región fronteriza entre filosofía y teología. Región fronteriza, región de confines: hablamos así de una región en la que no sabemos exactamente dónde estamos, y en la que importa poco que lo sepamos: estamos a la vez aquí y allá, o quizá ya allá, o quizá todavía aquí, pero no se nos permite ninguna localización precisa.

Atrevámonos a afirmar que esto no es malo. Después de todo, lo propio de una investigación es no saber lo que se investiga: quien lo sabe no pasa, por lo general, de ser perito en una técnica. Las presentes investigaciones, conducidas sin saber si merecen el calificativo de «filosóficas» o el de «teológicas», a lo único a lo que apelan con alguna precisión es a

una doble exigencia metódica: dejar aparecer y hacer aparecer. Dejar aparecer, de todas las maneras posibles, puesto que tal es el servicio que toda intuición rinde. Hacer aparecer, por otro lado, pues lo que nos aparece hay que someterlo a un trabajo para que nos aparezca más y mejor aún. Y si así la fenomenología logra cumplir su programa, no solo nos enseñará que el modo de aparecer de un número es diferente del de un rostro humano, sino también –¿quién sabe?– que hay modos fundamentales de aparición. Que la «filosofía» trate con ciertas maneras de aparecer y la «teología» con otras es algo que se admitirá fácilmente: la captación intuitiva de un número es una, y otra la de un rostro transfigurado en icono. Sin embargo, incluso aquí, no podemos decir con precisión qué trabajo de la intuición y qué trabajo del concepto estamos haciendo. Pero ¿realmente importa? Filosófica y/o teológica, la investigación merece su nombre únicamente cuando decide hacer aparecer sin predecir lo que le aparecerá, y poniendo entre paréntesis todo límite. De ciertos límites tenemos intuición, los cuales se convierten *ipso facto* en otros tantos objetos de conocimiento. Hay otros de los que no tenemos intuición. Los hay –y estos son los que teníamos en mente mientras trabajábamos– que es prudente descalificar: admitir *a priori* su existencia probablemente nos impediría avanzar siquiera un paso.

Nada nuevo, pues, en estas páginas; a lo sumo, una medida de prudencia. Delimitar puede significar dismantelar. Al hacer caso omiso de dónde es donde estamos, ganamos mucho: nos dispensamos de toda teoría general del conocimiento que supondremos adquirida. La fenomenología carece de límites. Y no es este su mérito menor.

Y, por último, Marie-Béatrice Mesnet empleó sus últimas fuerzas en releer todo, corregir todo y, así, mejorar todo. Es, pues, de justicia dedicar este libro a su dulce recuerdo.